

A aquellos que nos precedieron: de ellos es nuestra sabiduría

A aquellos que nos siguieron: ellos nos han hecho mejores

*Cuando ya no somos capaces de cambiar una situación, nos encontramos
ante el desafío de cambiarnos a nosotros mismos" - Victor E. Frankl*

LA GENERACIÓN DEL JUNCO: MEMORIAS DE UN BABY-BOOMER

En uno de mis escritos recientes, calificaba a la generación de mis padres, la de la posguerra española, como generación de hierro. Ellos nacieron con una cartilla de racionamiento y una España destruida y se jubilaron dejando a sus herederos la opción de una buena educación, una España dentro de los quince países más ricos del mundo y un horizonte esperanzador.

Quiero hablar hoy de sus hijos, los llamados *baby-boomers*, nacidos entre 1957 y 1977. Y quizá, de entre ellos, a los nacidos en la primera década, muy diferente a los más tardíos, que ya nacieron en un país predemocrático o democrático y que han sido llamados generación X. Como todo lo que no tiene nombre no existe, yo he dedicado algún rato perdido a pensar en el mismo y creo que el que más justicia les hace (nos hace) es el de **generación del junco**. La característica que nos define es la de la elasticidad. Nos hemos adaptado a todo y a su contrario y aquí seguimos.

Desarrollo un poco este asunto, que puede parecer paradójico.

Hemos vivido, como mínimo, una revolución que, más que cambiar, ha puesto patas arriba todos los valores. Ha afectado a todos los órdenes de la vida: la política, la familia, la religión, la enseñanza, la economía, los valores y, como no, la tecnología.

En mi opinión, es relativamente sencillo aprehender nuevas tecnologías, pero los cambios sociales o morales requieren, usualmente de, al menos, una generación. Este es nuestro mérito: hemos interiorizado y digerido lo que, en otros tiempos, requirió un milenio de evolución.

En lo que sigue me referiré indistintamente como *baby-boomers* o generación del junco a esta primera generación, generación X a la de sus hermanos pequeños (nacidos entre 1967 y 1981), generación Y o millennial a sus hijos (nacidos entre 1981 y 1996) y generación Z a los nacidos posteriormente.

Vayamos por partes.

La política: de la dictadura de derechas al populismo de izquierdas

Nosotros los del junco nacimos en la dictadura. Una inmensa mayoría crecimos en familias que nadaban -o, al menos, flotaban- a favor de la corriente. Según se vio después, había una minoría que lo hacía en contra. En esa mayoría, la guerra había sido ganada por los buenos patriotas, Franco había salvado a España del horror comunista y, cuando él faltara, cualquier cosa podía ocurrir. Nos sentíamos orgullosos de nuestra nación, que era salvaguarda de los valores de nuestro extinto imperio y nuestra gloria perdida: catolicismo, patriotismo, coraje, valentía, honestidad y un largo etcétera.

Franco murió en nuestra infancia o adolescencia. Empezamos entonces a escuchar el relato de los perdedores, que nos emocionó. Nos subyugó la idea de democracia, igualdad, constitución, autonomía y, sobre todo, de libertad. Era normal que mantuviéramos acaloradas discusiones con nuestros amigos. Unos, comunistas; otros, anarquistas; algunos, franquistas, los menos, falangistas; todos, españoles y demócratas. Y no pasaba nada. Vinieron las elecciones y decenas de partidos políticos empapelaron el país con sus pasquines.

Afortunadamente, huimos de los extremos, gracias a lo cual pactamos y aprobamos una Constitución en 1978.

Asumimos que todos, patrono y obrero; creyente o católico (todavía no había agnósticos); republicano o monárquico; hombre o mujer; blanco, negro o gitano, éramos iguales ante la ley.

Y progresamos, porque nos pusimos a trabajar. Votábamos y discutíamos, pero aceptábamos el resultado de las elecciones. Vive y deja vivir. Ya nos tocará. Y a otra cosa.

Y, de repente, en medio de una crisis, vinieron unos supuestos indignados con su Ideología, con la cabeza más llena de rastas que de ideas. Se trata de la generación, no de nuestros hermanos menores (la X), sino la de nuestros hijos. Los *millennial* o generación Y. La generación digital. Para la revista Times, la generación del yo-yo-yo.

Pues estos prodigios, que nada vivieron, que nada conocieron, nos dijeron que no éramos ni demócratas ni liberales. Que somos machistas o micromachistas, fascistas, analógicos y obsoletos. Inventores de nuevos adjetivos, nos señalan nuestros

posteriores objetivos: convertirnos en digitales, feministas, inclusivos, empáticos, resilientes, circulares y veganos. Vamos, completamente gili*o**as.

Olvidándose de la defensa de los trabajadores, leitmotiv de la izquierda histórica, han construido una ideología fragmentada, apropiándose de valores humanos "cool", cuyo listado es el del párrafo anterior. Particularmente, son los dueños del feminismo -que han pervertido hasta hacerlo irreconocible-, de la defensa de las minorías y, por extensión, de todos los valores humanos. Así, si quieres ser bueno, no tienes otra opción que ser de izquierdas. Cuanto más a la izquierda, más bueno. Conclusión: ha nacido la cultura *woke*, cuya máxima aportación cultural ha sido la de la "cancelación": si no comulgas conmigo, voy a conseguir que no existas, siendo regurgitado de la sociedad.

De otro lado, no reconocen a España como nación y, en su afán revolucionario, disfrazan sus ansias de destrucción de nuestra patria como espíritu democrático y libertad de expresión.

Lo que es peor, y para terminar, aquellos que eran moderados de izquierdas, ahora se ha aliado con los destructores de la nación en un insano intento de mantener el poder. Esto sería entendible, si no fuera porque sus votantes lo justifican. ¡Qué pena!: tantos años de Universidad (financiados con nuestros impuestos) para acabar siendo indigentes intelectuales, sin criterio propio ni juicio crítico.

Así que, aquellos que nos considerábamos españoles demócratas, sensatos, moderados y ligeramente de izquierdas o derechas, ahora, ¡todos!, somos fascistas. Gracias, chavales. Lo habéis clavado.

Y aquí estamos, tragado quina y dando la cara.

La familia: del estoicismo al hedonismo sin solución de continuidad.

Nacimos todos en una cultura que ensalzaba a la familia, valor vertebrador de la sociedad. El que más y el que menos, tenía un par de hermanos, con quien compartía vestimenta y libros -que se heredaban y se recomponían-, bocadillos de salchichón para merendar, espacio exiguo en el utilitario familiar y, sobre todo, experiencias. Nuestros primeros y mejores amigos fueron nuestros hermanos.

La familia se construía en torno al padre, que era su cabeza y solo se subordinada al abuelo, que estaba en un plano aún superior. El padre traía el dinero a casa, con

mucho esfuerzo y largas jornadas. Él establecía las normas de alto nivel y tenía la última palabra para castigar o perdonar, para dejarte ir de excursión o fijar la hora de vuelta a casa. Y su palabra admitía derecho de réplica, pero solo una vez. Si te decía dos veces que no, no se volvía a preguntar. No solo era obedecido, era respetado y admirado. Cuántas veces discutiría con los amigos del colegio quién tenía el padre más fuerte, más listo o más... lo que tocara.

La madre no tenía un papel baladí: era la primera en educar y organizar. Si el padre era la "gasolina" del hogar, la madre era el motor y la transmisión. Ella decidía lo que callaba o contaba al padre. A ella sí que elevábamos la súplica: "¡imamá, por favorrrrr, no se lo digas a papá!", con voz llorosa y ojos de cordero que va al matadero. La madre construía el hogar y la familia por dentro. Ella nos ayudaba en nuestras tareas y nos educaba. Si el padre acaparaba respeto, la madre conseguía mayores dosis de cariño.

¿Y qué hacíamos los hijos? Pues las trastadas propias de los niños de siempre, pero obedeciéndolos. Sin embargo, fuimos los primeros en reclamar libertad y diálogo, con éxito dispar. Quizá no lo conseguimos del todo, pero sembramos el campo, cuya cosecha recogieron nuestros hermanos menores -los de la generación X-, que gozaron de la libertad que nosotros habíamos reivindicado.

Cuando 26 años más tarde de ser hijo, fui padre, traté de transmitir valores similares, aunque actualizados. Quise ser como me hubiera gustado que fuera mi padre, pero no era consciente de que los padres siempre vamos retrasados una generación y que mi oferta de libertad sería netamente insuficiente.

Sin embargo, los tiempos no acompañaron. Vaya por delante que, en lo que sigue, no me refiero expresamente a mis hijos, con quienes mantengo una excelente relación paternofilial y a quienes considero mi proyecto vital más reconfortante. Ellos, en muchos aspectos, se han apartado del *mainstream* y han seguido su propio camino, algo que me enorgullece.

Por resumir lo que es bien conocido por todos los de mi generación, el balance de poder ha pasado de los padres a los hijos, que no es que hayan tomado la sartén por el mango, ¡es que se han quedado con la sartén, el cazo y la cocina! Ello ha sido el resultado natural de la caída en desgracia del concepto "disciplina", que, teniendo tintes autoritarios, huele a "fascismo". Mucho más apetecible es la idea de una educación que rehúye el castigo o la norma, que premia cualquier gesto positivo, por

insignificante que sea, devaluando la felicitación hasta hacerla irrelevante. Una educación que, huyendo de los traumas y buscando la "realización" de los niños, ha propiciado el desarrollo de unas "bestezuelas" caprichosas y malcriadas ("engreídas" dicen en Perú). Antes de ser llevado a la hoguera de lo políticamente incorrecto, tengo que insistir que, obviamente, no hablo de todos, sino de la "tendencia" que ha movido muchos hogares.

Ahora, desde hace mucho, ya no basta con instruir, sino que hay que convencer. No hay horarios ni para salir de la cama, ni para los ratos que la familia pasa junta almorzando, ni mucho menos para salir con los amigos. De hecho, yo me recogía a los 18 años antes de la hora a la que mis hijos salían a la misma edad. Moriré sin comprender el ansia de muchos jóvenes por ahogar las noches en botellones de alcohol, a los que siguen días de resaca.

El resultado es que los padres, en muchos casos, se sienten meros financiadores de la aventura vital de sus hijos, que pueden probar cada año una universidad privada diferente, hasta encontrar la que les apruebe y otorgue un título de dudosa eficacia, comprado a base de esfuerzo paterno. Y eso por no hablar del coste de los caprichos en ropa de marca top, viajes imprescindibles con l@s colegas a cualquier parte del mundo. Y no hablemos de tecnología: consolas de videojuegos que es preciso actualizar cada pocos años, teléfonos inteligentes que se vuelven tontos en dos temporadas, ordenadores de sobremesa, portátiles, tablets, etc.

Naturalmente, es obligación de los padres escoger cuándo ceder y cuándo dar la batalla. Siempre les digo a mis hijos que un padre no es un amigo. Un padre hará lo que debe hacer, no lo que le apetece ni resulta más fácil, aunque ello suponga el enfado del hijo. Eso sí, un padre es el último recurso: cuando todo lo demás falle, es la última línea de defensa infranqueable,

No menciono que, por añadidura, la familia media actual es una familia con padres divorciados, muchas veces enfadados entre sí, otras veces desestructura. En algunos casos incluso con dos padres o dos madres, con consecuencias que sólo el tiempo permitirá evaluar.

Conclusión: fuimos hijos del estoicismo y ahora somos padres del hedonismo. ¡Menuda transformación!

La religión: del nacionalcatolicismo al ateísmo dogmático

Tenemos que considerar que todas las áreas que estamos analizando están fuertemente imbricadas. Los cambios en una producen cambios en las otras, por lo que es difícil separar lo que es puramente religioso de lo que es social o político, por ejemplo.

Cuando yo era niño, todos éramos católicos e íbamos a misa. Cuando me fui haciendo mayor, había quien iba a misa y quien no, pero seguíamos siendo católicos, ahora ya diferenciados por practicar o no. Había quien criticaba a la Iglesia, pero desde una posición de respeto: que los curas se tenían que modernizar, que tenían que dar mejor ejemplo, que había que ser más tolerante. ¿Quién se podía negar a semejantes demandas? Así que todos de acuerdo, si bien los practicantes replicábamos con las buenas acciones de la Iglesia.

Pero después, con la libertad, llegó la falta de respeto. Y ojo, que no seré yo quien restrinja la libertad de expresión. Pero dicho derecho no lo es más por insultar o vejar a la Iglesia, a la Virgen o a Jesús. Y lo hacen los mismos que, por cierto, no se atreven a hacer lo mismo con otras religiones menos tolerantes. Libres sí, pero cobardes, también.

La Ingeniería Social ha transformado la religión, consiguiendo lo que Marx no pudo. Así, primero se desacreditó a la religión; después se la ridiculizó, oponiendo la fe al pensamiento científico o, simplemente, al pensamiento sofisticado.

Así, cualquiera que crea en Dios es considerado como un bicho raro o como un paleta, una mente primitiva. ¿Crees en Dios? ¡Pero si eso es pensamiento mágico! ¡No me lo puedo creer! A ver, una persona culta no puede ser creyente, de la misma manera que una persona bondadosa no puede ser de derechas. Esa es la nueva normatividad.

Lo paradójico es que, tras renegar de la fe cristiana, que básicamente predica el amor al prójimo, hay quien ha encontrado refugio en creencias tan científicas como las de la Madre Tierra o el karma. Renunciamos a la oración, que básicamente es un acto de reflexión y examen de conciencia, para abrazar el *mindfulness*, el Taoísmo o cualquier otra propuesta, cuanto más oriental mejor. No es que sean mejores, que no lo son, pero vienen de lejos y acaban de llegar, por lo que se alinean perfectamente con la nueva normatividad.

Así que aquellos que nos considerábamos liberales y luchamos porque la religión no fuera un elemento diferenciador o discriminador, ¡ahora somos discriminados por los

que no creen! Al parecer, un *nuevo progresismo* ha barrido al primigenio, invirtiendo sus valores, vituperando a la gente que usa traje, se pone corbata, es de derechas, cree en Dios o cede el paso a una señora.

Y conste que lo expuesto no justifica lo injustificable. La Iglesia pierde fieles a ojos vista. Hay parroquias que parecen geriátricos -mayormente femeninos, fenómeno que requeriría uno o varios libros- y hay sacerdotes que, en vez de animar a los escasos fieles, gustan de dificultar aún más las cosas a la feligresía con sermones interminables, muchas veces orientados a hacernos sentir viles pecadores. Es inexcusable y urgente una revisión en profundidad que, manteniendo la esencia del cristianismo, se reencuentre con los fieles. De otro modo, en una o dos generaciones, el cristianismo pasará a estudiarse en los libros de historia y no en los de religión, refugiándose en reductos africanos o sudamericanos.

La educación: del distrito universitario a la ensaladilla de títulos

Si para Antonio Machado la infancia era un patio de Sevilla, para mí fue un patio de mi pueblo, donde una humilde maestra, al aire libre, nos enseñaba nuestros primeros garabatos. Ella fue quien corrigió mi tendencia a escribir con la izquierda. A falta de teorías pedagógicas más sofisticadas, recurrió a un método infalible: ató mi mano izquierda a la reja de una ventana. Así dejé de ser zurdo en dos días. Pues fíjense: no me ha quedado ningún trauma, antes bien he ganado una anécdota que contar a los puristas de la educación actual.

Cuando, por fin, ingresé en la escuela pública, allá por el año 1968, lo hice sentado en el suelo. Había una única aula donde convivíamos niños de distintas edades y un único maestro, que conseguía atendernos a todos. Convenía llegar pronto, porque había más niños que pupitres. Así que algunos de nosotros teníamos que escribir sentados en el suelo. Ahora puede parecer aberrante, pero es lo que había. Y sobrevivíamos.

España progresaba y, un año más tarde, estrenábamos un flamante colegio público. Allí ya había un aula por curso y suficientes pupitres para todos los alumnos.

Cuando, muchos años más tarde, en 1992, volví a ir al colegio, esta vez a la reunión de padres, descubrí los sofisticados nuevos métodos pedagógicos. He tenido la oportunidad de ser aleccionado, en los nuevos colegios de las nuevas ciudades en que he vivido, de sucesivos nuevos métodos. La realidad es que cada vez se han

utilizado técnicas más suaves y sutiles de aprendizaje, pero no veo que el resultado haya mejorado -ni empeorado, por cierto- en mucho. Nuevos padres: me temo que es todo puro marketing. Productos elaborados con el único fin de diferenciar el producto de la competencia.

Sí he comprobado una invariante histórica: el profesor que te hace esforzarte es el que te acaba enseñando más. Y es que, sin esfuerzo, no hay ni aprendizaje ni mejora. La adulación es la mejor amiga de la apatía y la mediocridad: las hace eternas. Y no es que sea un padre sádico, pero un profesor, como un padre, no es un amigo. Es un profesional que tiene la obligación de enseñarte. Si lo hace de manera amistosa, tanto mejor, pero sin olvidar el fin último de la enseñanza: enseñar y preparar el cuerpo y la mente para la vida.

Pasamos ahora a la Universidad. Yo tuve que estudiar en Valencia porque así me correspondía, al ser mi distrito universitario. Los jóvenes *baby-boomers* no escogíamos universidad: prácticamente no había universidades privadas y las públicas nos eran asignadas según nuestra residencia de forma automática. Eso, claro, si conseguías plaza.

Seguramente con un único párrafo corto podría enumerar las pocas opciones que teníamos, que eran las carreras clásicas. Salvo alguna que haya sido barrida por la tecnología, existían hace cuarenta años y seguirán existiendo dentro de otros cuarenta.

No sólo había pocas carreras, sino que la mayor parte tenían dos salidas: una minoría sería profesor y una mayoría iría al paro. Y esto afectaba tanto a las letras -filosofía, literatura, bellas artes, geografía, historia, etc.- como a las ciencias -biología, matemáticas, física-. Así que, resumiendo, si eras de letras y querías trabajar fuera de un colegio, te quedaba como única opción estudiar derecho. Si eras de ciencias, podías estudiar medicina -cosa que hizo uno de mis hermanos- o ingeniería / arquitectura -cosa que hice yo-. Si te la querías jugar podías estudiar química o económicas, que estaban en un rango intermedio.

Recuerdo que editaban en 1980 un librito para los estudiantes de COU (curso previo a la enseñanza universitaria), que trataba de orientar las vocaciones y explicar en qué consistían las escasas carreras. No tendría más de 30 páginas.

Tanto en medicina como en ingeniería había que pagar con muchos años de carrera -más en medicina-, mucho estudio -más en ingeniería- y mucho proceso selectivo hasta llegar a la meta.

Viajemos de nuevo al presente. Ahora un estudiante no necesita un librito orientador: necesita la Enciclopedia Espasa Calpe. Si la Universidad debiera pretender formar mentes universales, con cultura sobresaliente y capacidades para liderar intelectualmente el futuro de las naciones, anda un poco desorientada. En vez de eso, ha logrado ser accesible universalmente. Pero no a todos los bolsillos -ahí, al contrario, es más elitista-, sino a todas las vocaciones.

La proliferación de universidades privadas ha colaborado a ello. Ahora se trata de dar un título universitario de la manera que sea. ¡Que no falten graduados! En cuatro años, estudiando un poco y pagando mucho, las cosas pueden ir rodadas.

Pero no son los únicos responsables. Muchos -no todos- centros públicos no han querido quedarse atrás y han seguido los pasos de los privados.

Así, ahora cualquier rama del saber o del hacer tiene su título universitario: cocina, turismo, memeología (la ciencia de los memes!), medicina oriental, herbología, marionetas, industria de los bolos, educación de aventuras, manejo floral, ciencia de los cítricos, ... Paremos antes de sufrir un ictus, que se nos alteran las neuronas. Sí, querido lector, esta es la situación actual.

Podemos convenir en que está bien tener opciones formativas para todos, mayores y chicos, más o menos inteligentes, pero NO les llamemos grado universitario y, mucho menos, máster. Tener una formación profesional es igual de digno humanamente que tener un título universitario. Y muchas veces, más eficaz y eficiente.

Acabo con otro hecho insólito. Con el pretexto de convivir con otras culturas -que me parece muy loable e interesante- se crearon las becas Erasmus. Así, los universitarios pueden pasar un año de sus estudios en otro país. Hasta aquí todo bien. El asunto se pervierte cuando los estudiantes se dedican a hacer turismo subvencionado por la Unión Europea. Cuántas ciudades españolas saben lo que es la "llegada de los Erasmus": bares llenos y juergas nocturnas. Pero señores míos, ¿cómo un estudiante que no conoce el idioma del país destino va a ser capaz de estudiar un año de forma razonable? A veces se soluciona con clases en inglés -muy bien-, pero la mayor parte de las veces deviene en cursos vacíos y estudiantes llenos ... de alcohol. ¡Si Erasmus de Rotterdam levantara la cabeza!

Padres: no perdamos la cabeza. La Universidad es para los estudiantes excelentes. Para los demás, una buena formación intermedia. Y para todos, una buena cultura, adquirida mayormente en el ámbito familiar. Y el turismo, para los veranos y pagado por los turistas.

Economía y sociedad: de la cultura del esfuerzo a las bodas "Lady Di"

Hablemos ahora de economía y sociedad. Hay quien sostiene que los *baby-boomers* hemos sido una plaga de langostas, que ha agostado el planeta. Hemos tenido los mejores sueldos, hemos ocupado los mejores cargos, aprovechando esta situación de privilegio para arrasarnos los recursos materiales, ambientales y financieros. Los de hoy y los del mañana. Hemos dejado un mundo agotado, del que la generación X aún se benefició y que ha dejado sin opciones a las generaciones venideras (de momento la Y y la Z).

Nada más lejos de la verdad.

El que esto suscribe empezó en el mundo laboral un verano a los 14 años, experiencia que repetí cada año durante unas semanas. No muchas, pero sí muy largas. Y lo empecé descargando camiones y desempeñando los peores trabajos que mi padre podía asignarme en su negocio, una fábrica. El día que menos, diez horas. Incluso a los 24 años y a falta de un curso para coronarme Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, seguí desempeñando el mismo rol.

Podría detenerme en las "propiedades curativas" del tratamiento que mi padre me daba, pero no hace al caso. Diré, simplemente, que tenía muchas y muy buenas. Menos el sueldo, que empezó siendo de 3 euros por semana y que llegó a ser de 12. Hoy en día serían unos 20-40 euros a la semana. Vamos, que me daban para invitar al cine y a un arroz tres delicias con rollo de primavera a mi novia.

Así que, para ser un depredador social, empecé con muy mal pie.

Ya en la Universidad, en mi Colegio Mayor había un lema que decía "*per aspera ad astra*" -por el esfuerzo hacia las estrellas-, que hice mío desde aquel momento. Ese es el camino: el camino difícil, el menos trillado, el más largo.

Cuando a los 25 años conseguí mi primer trabajo como ingeniero, ganaba menos, pero mucho menos, que el encargado al que mandaba. Y era lo correcto: él sabía mucho más que yo, que lo tenía todo -lo práctico, al menos- por aprender. Pero es

que incluso los delineantes, cuando trabajábamos horas extras -cosa que hacíamos siempre- también ganaban más que yo. Y es que los ingenieros tenemos contraindicado el cobro de horas extras. Vaya, que para ser un privilegiado, me lo monté muy mal.

Cuando pedí mi primer préstamo, aún no había cobrado la primera nómina. Así y con un poco de ayuda de padres y suegros, compré una casa vieja en un casco viejo y la llené con unos pocos muebles básicos y baratos, muy baratos. Allí empecé mi aventura familiar y tuve a mis primeros dos hijos.

En mi boda no hubo orquesta, ni DJ, ni música -salvo la marcha nupcial, en tocadiscos-, ni puesto de chuches, ni un tipo cortando jamón, ni preboda, ni barra libre ni recena. Nada más que una buena comida en un buen sitio y buenos puros, que puso mi padre. Y quedó fantástico. Por cierto, la pagaron padres y suegros y la organizaron ellos. Mi esposa y yo fuimos unos convidados de honor, pero no decidimos nada, salvo poder invitar a unos cuantos amigos.

Nos fuimos de luna de miel a Mallorca, donde lo pasamos fenomenalmente. Volvimos con 5.000 pts -30 €, que hoy serían unos 80- y eso porque mi padre me enseñó a guardar siempre un billete gordo para emergencias. Y en la cuenta, 30.000 pts, unos 600 € actuales. Nuestro primer viaje internacional tendría que esperar unos años todavía.

Y el lector se preguntará, "y esas chorradas, ¿qué tienen que ver con la economía?". Lo tienen, amable lector. Vamos al lío.

Hoy, la inmensa mayoría de los jóvenes se quejan de que no pueden acceder a una vivienda. A veces, muchas veces, ni siquiera al alquiler, por lo que tienen que compartir vivienda. Una aberración injusta, que comparto.

Pero... ¿qué solución le ponemos? Claro, vamos a intervenir el precio de los alquileres, que es una medida muy chula promovida por una vicepresidenta muy chula. Y resulta que ello, siguiendo las predecibles reglas del mercado, limita la oferta de alquileres y provoca la subida de precios. Eso ya no es tan chulo, ministra, ¿verdad?

Yo no estoy en condiciones de dar con la solución, si es que existe. Pero sí de trazar un bosquejo grueso y para ello voy a describir qué es lo que no se tiene que hacer. Que es, como cabía esperar, lo que hacen muchos jóvenes.

La idea es que priorizan en sus gastos todo aquello que, en última instancia, les impide conseguir acceder al mercado inmobiliario.

Así y frente al ejemplo que he expuesto, que es el mío, pero que comparto con el de muchos de mi generación, el joven actual no puede prescindir de una larga lista de gastos.

Empezamos por un buen teléfono móvil (a ser posible con una manzana mordida en la parte trasera y última o penúltima generación), que hay que cambiar cada dos años. Si es que no lo cambian antes, claro. Así que aquí se nos van fácil 60 €/mes en amortización y llamadas. El coste de la energía recargándolo lo despreciamos, aunque puede que acabe costando más que el propio teléfono.

Después, una suscripción a Netflix, a Amazon Prime, a Tenemos que entender que el streaming es fundamental. Si no, ¿qué van a hacer en casa en su tiempo de descanso? Pues nada, ya tenemos otros 60 euritos que nos han volado de la cuenta.

Llegan los fines de semana y la cenita y las copas con los amigos o la "pareja" (nuevo concepto inclusivo, que vale para todo y para tod@s) no pueden faltar. Habrá que desconectar, ¿no? Además, tampoco vamos a ir al Burguer, que eso es de críos. Así que nos fundimos un mínimo de 50 € (si no son 100) a la semana, o, lo que es lo mismo, 200 € al mes.

Cuando llegan, al fin, las ansiadas vacaciones, no puede faltar un viajecito. A ser posible, muy, muy lejos. Que somos muy sostenibles, pero volar 20.000 kilómetros para encontrar una playa con aguas verde turquesa es imprescindible. Que si no has ido a la Riviera Maya no eres nadie. Oye, que es todo incluido y nos ponemos ciegos a daiquiris gratis y "renta" mucho. Que eso de ser dominguero e ir con el utilitario a la playa, con la sombrilla encima del techo, no solo es cutre, es que tampoco es sostenible, que la huella de carbono destruye al planeta. Salvo que vayamos de mochileros, el viajecito no cuesta menos de unos 1.200 €, redondeando para que me salgan otros 100 € al mes.

Nos quedan las escapaditas semanales, que para eso están los puentes "laborales". Qué menos que un par de viajecitos, que hay muy buenas promociones, además de la Semana Santa. Que Santa no será, pero acapara la mayor densidad de salidas vacacionales del año -echo en falta un estudio del CIS acerca de cuántas vacaciones toman los españoles, que a mí no me salen las cuentas-. A poco que gastemos, se nos han ido otros 100 € al mes.

Total, que una pareja moderna se gasta más de 520 eurazos al mes que una de la generación del junco, a pesar de pasarse el día depredando el planeta, no se gastaba. Porque estábamos demasiado ocupados cazando ballenas y criando niños y sólo podíamos aspirar a salir al cine, a ver una de Disney, cuando Disney era para niños.

Me queda un último concepto, pero no menos importante. Cuando llega el momento de casarse, hasta el más humilde de los empleados -o desempleados- merece la boda que yo llamo de "Lady Di". Y eso que ella demostró que una buena boda no hace un buen matrimonio. Una boda fake de princesa para plebeyos, que seguramente la merecen, pero que no se la pueden permitir. Así que, al parecer, la etiqueta exige celebrar la ceremonia con un cuarteto de cuerda con solista soprano -total, para acabar interpretando a *Cold Play*-, alquilar una limusina con chófer uniformado y celebrar el banquete en un palacete neoclásico con finca, con cocktail de entrada, barra libre de ibéricos, chuches y azúcar en vena para los críos y no tan críos, mesa de quesos franceses y un largo etcétera. Todo ello coronado con un fantástico viaje a las Seychelles. Como diría mi padre, "nene, ¿y no había un sitio más caro?". La cuenta, a poco que se descuiden los novios, se puede subir por encima de los 50.000 €, según me confesaba una joven, a la par que declaraba que la compra de casa quedaba muy lejos de sus posibilidades.

Pues que lo disfruten, pero... ¿no han pensado que con esa cantidad habrían pagado la entrada del piso? Y que los 520 euros que gastamos al mes dan, prácticamente, para una hipoteca convencional.

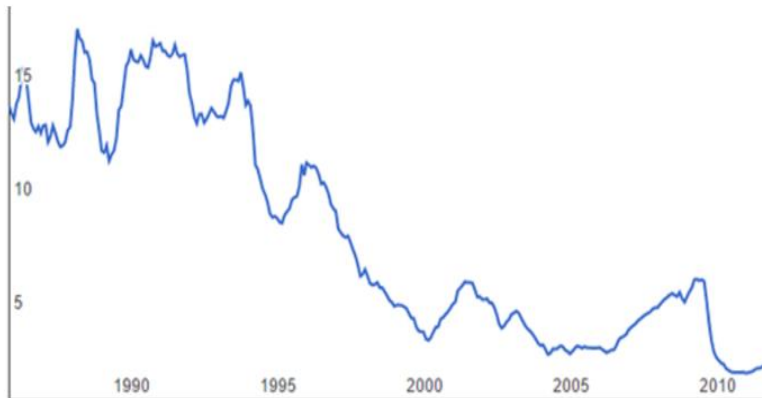
Para contar menos cuentos, me he molestado en hacer unas cuentas fáciles.

En 1990, el precio medio de la vivienda era de 520 €/m² y los intereses del 15%. No estaba inventado el EURIBOR. Ni siquiera conocíamos la existencia de su antecedente, el MIBOR. Pedir un préstamo era un proceso laborioso, donde, después de meses de la petición a un único banco, te anunciaban la "buena nueva" de su concesión. Con suerte, claro. Por si alguien no me cree, acompaño el gráfico de evolución del MIBOR. ¡Menudos fueron los 80 y 90!

Imaginemos a una joven pareja de baby-boomers que en aquel momento pidió una hipoteca del 80% del valor de tasación de una vivienda de 110 m². Supongamos también que consiguen un descuento del 10% respecto al precio medio, ya que están empezando y no pueden permitirse una vivienda nueva. Y supongamos, por último, que la hipoteca debe devolverse en 20 años, que era el máximo comercial de

entonces. El resultado es que pedirían 36.000 € del año 1990 y tendrían que pagar una cuota mensual de 474 €.

Evolución histórica Mibor desde 1985



Viajemos ahora del pasado al presente. El IPC acumulado entre 1990 y 2022 exige multiplicar los euros de entonces (que eran pesetas, ¡ojo!), por 2,34. Así que la hipoteca, a euros de 2022, sería de 84.000 € (algunos ya estarán diciendo: "ves, ya te lo decía yo, una hipoteca chupada") y la cuota de... 1.110 eurazos mensuales. Ya no está tan "chupada", ¿verdad? Tuvimos que esperar a la "guerra de las hipotecas" de 1995 para enterarnos de qué era el MIBOR, que los intereses se referenciaran al mismo y pudiéramos conseguir hipotecas al 7%. Así que la pareja, muy feliz, cambia de banco y, ahora sí, consigue una cuota de 279 € de entonces, que son 654 euros de 2022. Menudo descanso. Quizá alguien piense que me he inventado el caso. Pues no, no he tenido que imaginar mucho: el caso fue el mío.

Veamos ahora cómo les va a los hijos de la pareja anterior, encuadrados en la generación Y de nacidos mientras la pareja las pasaba canutas con aquella hipoteca maldita.

Hay un dato objetivo y es que, mientras el IPC "sólo" exige multiplicar por 2,34, los precios medios de la vivienda en España exigen actualizar con un coeficiente igual a 3,70. Esto perjudica claramente a los Y, que se sienten desfavorecidos. Así, comprando una casa similar y con las mismas hipótesis, ahora la hipoteca asciende a 152.000 €, que se parece bastante al de la hipoteca media a finales de 2022 en España, que es de 149.730 €. Parece que nuestra pareja representa bastante fielmente al español medio.

La clave es que, durante años, el interés que han tenido que pagar se aproximaba bastante a cero. Si asumimos un 1%, la cuota ahora resulta de 700 €. ¡Pero si es más baja que la que pagaban sus padres actualizada! Algo tiene que fallar. Pues no: no falla nada. Por eso, la generación del junco tuvo que trabajar mucho y esforzarse al máximo para salir adelante. Es más, los jóvenes Y seguro que se aprovecharán de la posibilidad de suscribir la hipoteca a 30 años, lo que les permitirá bajar su cuota hasta 489 €.

Ahora hay un gran revuelo social porque se ha acabado la "barra libre" de préstamos a interés prácticamente nulo. Empezamos a hablar de valores del EURIBOR próximos al 3-4% y creemos que el mundo puede acabar. Claro, la misma hipoteca de los jóvenes Y ahora va a pasar a costar 644 € (un 32% más) y las cuentas no les salen. Sin embargo, si comparamos, veremos que es una cuota mucho más baja que la de sus padres antes de la guerra hipotecaria. Así que ni tan mal.

Cabe argumentar que los Y no sabían que los intereses podían subir "tanto". Eso es falso. Hoy en día el acceso a la información es infinitamente más fácil. Es más, el propio notario les va a explicar, antes de la firma y con todo detalle, los riesgos. Los jóvenes Y podían haber suscrito un préstamo (tal y como les ofreció el banco) a tipo fijo al 1,6%, como han hecho sus padres en la compra de su última vivienda. Claro, dirá alguien, ¡y pagar más desde el principio! Por supuesto, le contestaría yo: es el precio de la tranquilidad durante los 30 años de contrato hipotecario.

Así que sí, las cosas están muy difíciles, pero no más que antes.

Y eso que no hemos considerado que la pareja de baby-boomers sólo tenía un salario, porque entonces la mujer tenía un acceso al trabajo muy inferior al actual. Por supuesto, sus hijos, 30 años más tarde, ingresan dos salarios a la economía familiar.

Pero claro, la generación del junco salía a comer fuera un día al mes, no gastaba en móviles ni en streaming, se apañaba con una única TV en su casa, tuvo una boda normal, tardó cuatro años en salir un fin de semana al extranjero y se bañaba en las aguas nacionales, que son menos coralinas y menos verde esmeralda que las del Caribe, pero mucho más asequibles. En definitiva, priorizó la formación de una familia, la compra de una casa y el tener y educar hijos frente al consumismo que hoy se ha instalado en el corazón de toda la sociedad.

El lector puede estar más o menos de acuerdo con la exposición realizada, pero espero que haya quedado claro que la pareja de padres de la generación del junco

no tuvo un camino de vino y rosas, sino que fueron muchas las espinas y no menores los sacrificios que tuvieron que realizar.

Por supuesto, no hay que mencionar que hoy y siempre existirán jóvenes inteligentes, cada vez más preparados y decididos, que igualarán y mejorarán los logros de generaciones anteriores. Pero los demás, hacednos un favor: menos ruido y más reflexión, por favor.

La tecnología: de la aparición de la televisión a la inteligencia artificial

Si los cambios mencionados han sido drásticos en todos los órdenes de la vida, aún han sido mayores en el uso de la tecnología. Veamos cómo han cambiado las cosas.

Cuando los baby-boomers eran niños veían la TV en blanco y negro. Sólo mientras merendaban y antes de irse a estudiar los ríos de España (sí, querido Z: fuera de tu comunidad autónoma también hay ríos). Sólo había dos canales y sólo emitían a partir de media tarde y hasta medianoche. Eran los tiempos de series como Bonanza y programas infantiles como Los Chiripitifláuticos de Locomotoro, el capitán Tan, el tío Quiles y Valentina. Bueno, y eso en las casas que tenían tele. Porque algunos de mis amigos venían a diario a verla y así poder disfrutar un ratito. Para ver una peli de niños -casi todas tenían una calificación "moral" de dos rombos, lo que excluía a los menores de 18 años- había que esperar al western de los sábados por la tarde

La tele en color llegó a mediados de los 70, con la democracia. La primera vez que vi en la calle un partido de fútbol en una tele en color, advertí que los campos de fútbol eran verdes y no grises, como yo pensaba, lo que les favorecía mucho.

Lo demás es bien conocido: se ampliaron los horarios y en los 80 desembarcaron los canales privados, que daban más opciones, pero no necesariamente más calidad.

Hasta cerca de los 80 no conocí la existencia de unos instrumentos mágicos llamados calculadoras. Así que nunca tuvimos la opción de ahorrarnos el cálculo de las operaciones que nos mandaban en el colegio. Quizá por eso los de mi generación ejercitamos, ¡y de qué manera!, la agilidad mental. Las primeras calculadoras, por cierto, sólo eran capaces de ejecutar las cuatro operaciones elementales. Así que alucinábamos cuando fuimos portadores de las calculadoras científicas y pudimos

tirar, por fin, las tablas de logaritmos y cosenos. Porque entonces, querido lector, así era como hacíamos esos cálculos elementales.

Después vinieron las calculadoras programables, que era imprescindibles para los que tratábamos de seguir una carrera tecnológica. Ello nos permitió acelerar enormemente nuestros pesados cálculos. Pero ¡ojo!, éramos nosotros quienes las programábamos. ¿Cómo? ¿Te han subido las dioptrías? Pues sí, estos vejesterios analógicos ... ¡programábamos!

De hecho, poco después, mediada ya la década de los 80, tuvimos acceso al "gran hermano", el superordenador de la Universidad, donde hacíamos nuestras prácticas de programación en Fortran -con tarjetas perforadas- y Basic. Nunca supe dónde estaba la unidad central. Yo me limitaba a usar mi terminal y recoger los listados en una habitación donde se custodiaba "la" impresora. Y uso bien el singular: la compartíamos todos los alumnos, era enorme y sólo imprimía en papel continuo (seguro que muchos desconocéis el término).

La informática quedaba todavía muy lejos de ser asequible para los usuarios particulares y estaba limitada a las instituciones y a las grandes empresas. Por ello, el que esto suscribe dedicó centenares de horas a aprender "métodos gráficos" armado de escalímetro, escuadra, cartabón y compás. Así calculábamos estructuras (método de Cremona) e incluso optimizábamos la gestión de embalses (método del hilo tirante). Naturalmente, estos métodos clásicos han tenido el mismo destino que las tablas de cosenos: el olvido.

Tuvimos que esperar hasta el final de la década de los 80 para poder comprar el primer ordenador personal. En mi caso fue un Amstrad, que presentaba la novedad de disponer de un disco duro de 20 Mb!! y una disquetera de 5 ¼. Todo un prodigio. Hoy en día podemos comprar un disco duro externo por 50 € con una capacidad de almacenamiento de 8 Tb, 400.000 veces superior a la de mi viejo PC. Y eso que el disco duro ya empieza a ser otra tecnología obsoleta, reemplazada por el almacenamiento y computación en la nube.

Empezamos con monitores de fósforo verde, que después pasaron a B/N, color, planos, curvos, etc.

Las impresoras eran matriciales y emitían un zumbido que resultaba especialmente apreciado por mis vecinos, poco sensibles a las necesidades de un estudiante de trabajar largas noches.

Durante un período que se prolongó hasta mediados de los 2000, los ingenieros usábamos nuestro propio set de programas. En las grandes empresas, además, comprábamos software técnico específicamente desarrollado por encargo. Progresivamente, fueron naciendo y creciendo empresas especializadas en software específico, que barrieron al resto y redujeron o eliminaron nuestras capacidades como programadores.

A comienzos de los 90 llegó el Lotus 1,2,3. Seguramente una de las mayores revoluciones de la ingeniería. Hasta ese momento los ingenieros nos dibujábamos a manoalzada una tablita y, armados de calculadora, emprendíamos prolijos cálculos. Además del tedio y el tiempo, nunca estaban exentos de contener errores. Al caduco Lotus le sucedió el Excel, que se acabó imponiendo.

Los planos se elaboraban en grandes mesas de dibujo. Los delineantes, además de saber geometría, tenían que ser artistas del estilógrafo (el conocido Rotring), evitando las catastróficas manchas de tinta y aportando un cierto sentido artístico. Todavía recuerdo planos que hubieran merecido ser expuestos en un museo antes que muchos óleos contemporáneos de dudoso gusto e imposible interpretación.

Además de las herramientas por todos conocidas, los delineantes usaban plantillas de letras para la rotulación y otros artilugios interesantes, como la rueda de medición de distancias.

Aquí la revolución vino del CAD, que supuso un antes y un después. Los útiles de dibujo acabaron en el cajón de los objetos inservibles, que nunca nos animamos a tirar. Los delineantes perdieron todo arte, pero debieron desarrollar capacidades de usuario avanzado de AutoCad, lo que no siempre se les daba bien. Pensemos que el ratón no existía o no estaba popularizado. Los comandos eran complejas sucesiones de teclas. En aquel momento lo más de lo más eran las tabletas digitalizadoras, que facilitaban enormemente la tarea. La digitalización del dibujo trajo dos consecuencias: la revolución de los programas académicos de delineación -que no consiguieron salvar la profesión, tocada de muerte- y la reducción drástica del espacio necesario en las oficinas técnicas: el PC requería de mucho menos espacio.

En cuanto a la redacción de textos, las oficinas técnicas disponían de dos equipos de secretarías: unas pasaban a máquina los textos que escribíamos los técnicos; las otras, que lógicamente eran menos, corregían los errores de las primeras. Primero

usaron las eternas máquinas mecánicas. Después vinieron las eléctricas y por último las electrónicas, que ya disponían de un visor de texto de una línea.

Todas ellas fueron barridas por los procesadores de textos que vinieron con los PC. Pero aquello tuvo su historia. El primer software popular fue el Wordperfect y luego el Word. Al principio, el usuario tenía que conocer de memoria una serie de comandos complejos (Bloque + Alt + alguna letra o combinaciones parecidas) para conseguir copiar, arrastrar. Pensemos que aún no había ratones ni Windows. Después vinieron las plantillas, que se ajustaban al teclado y permitían no memorizar las combinaciones de letras. Cuando llegó el ratón y al igual que con el CAD, las cosas cambiaron radicalmente en una especie de metarevolución.

Por último, vamos a echar un ojo a los canales de comunicación. Hace cuarenta años, el correo postal se vio superado en velocidad por un invento asombroso: el fax. Una máquina conectada a un teléfono hacía pasar a través suyo las páginas de una carta, haciéndolas llegar de forma inmediata al receptor, que las recibía en papel térmico -de tacto horroroso-. Como las líneas telefónicas tenían una capacidad de transmisión muy limitada, a veces el resultado se veía borroso o ilegible. Pero, aun así, el fax fue la forma en que nos comunicamos durante dos décadas.

No teníamos entonces teléfonos móviles. Aunque estaban inventados, no se popularizarían a nivel profesional hasta mediados de la década de los 90.

Así que, cuando llegabas al destino en un viaje, puede que te encontraras un mensaje del administrativo diciendo que el jefe te reclamaba en el lugar de origen. Así que hacíamos más kilómetros que el baúl de la Piquer.

Y no solo sobrevivíamos, sino que no vivíamos peor que actualmente.

A principios del siglo XXI se inventó el correo electrónico. Cuando en mi empresa -la primera constructora nacional de aquel momento- dije que sería bueno que cada ingeniero tuviera una cuenta, me contestaron que menuda tontería. Aquello era una moda pasajera que debía ser obviada. Ojo de lince que tenía mi jefe.

El caso es que correo y móvil cambiaron la vida profesional. Una década más tarde cambiarían la vida personal. Ahora se podía gestionar con facilidad hasta un centenar o más de correos diarios: leerlos, contestarlos, archivarlos o borrarlos. Ello, unido al Windows, fue el tiro de gracia para la profesión de secretaria y el cambio radical del ingeniero. Antes el ingeniero se dedicaba, básicamente, a pensar e ingeniar. Ahora se dedica, antes que otra cosa, a vaciar una siempre sobrecargada bandeja de

entrada, a escribir por sí mismo sus informes y a delinear sus planos. Así que el ingeniero moderno integra tres profesiones: la del ingeniero clásico, la de la secretaria y la del delineante. ¿Hemos ganado con ello? Personalmente pienso que no. Ha ganado la eficiencia, las empresas y, por ende, la sociedad. Buenos, todos menos las secretarías, los delineantes y los propios ingenieros.

Aun así, había una actividad que no había cambiado a lo largo de los siglos: la documentación. Es por ello que yo arrastraba conmigo un número creciente de carpetas con fotocopias de artículos técnicos, libros y revistas. Ocupaban varias estanterías y suponían mi "ajuar tecnológico". Allá donde yo fuera, irían mis libros, que me posibilitaban acceder a información que quedaba oculta a los demás.

Ya imaginará el amable lector que todo esto cambió con la llegada y popularización de internet. Ahora la información está accesible a todos. Los libros crían polvo y, cuando me jubile, acabarán en el contenedor de papel de un punto limpio. Pero ¡ojo!, el exceso de información empacha. Sobre todo, si no se tiene criterio para discernir el oro de la paja, del fake manipulador o sesgado. Antes, hacer un trabajo académico al menos exigía consultar varios libros. Ahora, puede ser redactado en unos instantes, copiando la Wikipedia o cualquier web popular. Durante mi trabajo como profesor, raro era encontrar un trabajo que no consistiera en una vil copia. Porque igual de fácil es copiar que detectar al plagiador.

Todavía hay otras revoluciones en marcha: la del BIM, que proporcionará modelos digitales de los nuevos proyectos y que permitirá una nueva optimización de costes, anticipando problemas de la construcción y operación a la fase de diseño, donde serán resueltos; la del POWER BI que acelerará aún más la gestión y proceso de hojas Excel, entre otras cosas; y, por supuesto, la incipiente ingeniería artificial, el machine learning, etc.

Vamos acabando. ¿Y de todo esto se ha beneficiado la ingeniería?

Pues sí y no.

Sí, porque somos capaces de depurar mucho más nuestros diseños, optimizándolos, y porque somos capaces de abordar muchos escenarios de cálculo que nuestros antecesores no hubieran siquiera soñado. Además, hemos incluido progresivamente conceptos como el de la seguridad en el trabajo, el medioambiente, la durabilidad, el impacto social y, por fin, la sostenibilidad.

No, porque, de tanto mirar el árbol, hemos dejado de ver el bosque. No es que enfocamos el árbol, es que nos perdemos contándole las hojas. Así, muchos ingenieros se jubilarán sin haber redactado un proyecto completo y, por el contrario, habrán repetido millones de veces cálculos con el mismo software en que se han especializado. Los ingenieros proyectistas -razón y ser de la profesión- cada vez son menos, habiendo sido sustituidos por los modelizadores.

Un proyecto de hace cincuenta años ocupaba, en papel, de cincuenta a cien veces menos que uno actual, si se imprimiera. Sin embargo, hoy están las grandes infraestructuras proyectadas en aquel momento: funcionando perfectamente, incluso tras finalizar su ciclo de vida.

Después de lo expuesto, creo sobradamente demostrado que nosotros, los de **la generación del junco, hemos visto nacer, desarrollarse, morir y ser reemplazadas distintas generaciones de tecnologías y dispositivos. Hoy somos usuarios, a veces expertos, de las mismas y no necesitamos la condescendencia de ningún arribista millennial.**

También debe considerarse que, por nuestra edad, solemos ocupar puestos de gestión y dirección de distinto nivel, por lo que actualmente nuestro trabajo no suele ser de modelizador. Pero, en el pasado, lo fuimos y no debimos hacerlo mal.

Por supuesto, integrando capacidades de distintas áreas -incluyendo las interpersonales-, no podemos competir con el joven Y que se ha especializado en un software o área específica. Ni lo hacemos ni tiene sentido dicha competición.

Conclusión: hacemos realidad la unión de la experiencia analógica y la eficiencia digital

Decía supuestamente Sócrates -parece que la frase es apócrifa- en el siglo V a.C.:

"La juventud de hoy ama el lujo. Es mal educada, desprecia la autoridad, no respeta a sus mayores, y chismea mientras debería trabajar".

Platón, fiel discípulo de Sócrates, continuaba diciendo:

"¿Qué les pasa a nuestros jóvenes? No respetan a sus mayores, desobedecen a sus padres, ignoran las leyes, su moralidad decae".

Para zanjar la cuestión, Aristóteles, discípulo distinguido de Platón, remataba:

"Los jóvenes de hoy no tienen control y están siempre de mal humor. Han perdido el respeto a los mayores, no saben lo que es la educación y carecen de toda moral."

Por fin, un sacerdote del 2.000 a.C. sentenció:

"Nuestro mundo ha llegado a un punto crítico. Los hijos ya no escuchan a sus padres. El fin del mundo no puede estar muy lejos".

Pues ya vemos que todos ellos, sabios reconocidos, decían lo mismo que podríamos decir hoy. Y se equivocaban: el mundo no se acabó y la civilización no murió, aunque cambió.

Los jóvenes actuales no son mejores ni peores que lo fuimos nosotros. Simplemente han crecido en un contexto diferente, que seguramente ha propiciado el desarrollo de ciertas habilidades diferentes de las que las generaciones anteriores considerábamos prioritarias. Diferentes necesidades les forzarán a desarrollar otras habilidades en el futuro.

Después de este descargo de responsabilidad, creo que estas páginas han puesto de manifiesto que los baby-boomers no lo hemos tenido fácil y merecemos más respeto y consideración. Hemos tenido que adaptarnos a sucesivas revoluciones, que han puesto patas arriba nuestro universo, nuestra forma de vivir, de relacionarnos y de trabajar.

Así que, dirigiéndome a todos los que nos menosprecian, en general, y en particular a los jóvenes de las generaciones posteriores, les digo: no estamos obsoletos, no somos amortizables. Somos, entre otras cosas, la memoria viva de las empresas y de la revolución global de los últimos cincuenta años. Hemos interiorizado toda la evolución tecnológica, pero es que, además, hemos afrontado y sobrevivido no una, sino a muchas crisis. Aprovechad nuestros últimos años profesionales y mirad si hay algo que podáis aprender de nosotros: no os será fácil reemplazarnos.